

de 14,000 hombres de infantería. En el valle del Asopo, debajo de Tanagra, las mejores tropas de Grecia, enemigas por desgracia unas de otras, debían medir entre sí sus fuerzas en la batalla del Asopo, junto á Platea. A punto de entrar en acción, el desterrado Cimon solicitó permiso para combatir como simple hoplite entre los de su fila Oeneis; pero la rigurosa legalidad de sus enemigos, que sentían hácia él y sus partidarios gran desconfianza, hizo que no se accediese á su petición. Sus adeptos no tuvieron mas remedio que dar grandes pruebas de valor, para acallar así toda clase de duda que acerca de su fidelidad existir pudiera; pero toda la abnegación de estos hombres, cien de los cuales encontraron la muerte de los héroes, toda la desconsiderada audacia de Pericles al frente de su fila Akamantis, no pudo hacer que la victoria se inclinase al campo de los atenienses que fueron derrotados en un reñido combate, gracias principalmente á que la caballería tesálica desertó durante la lucha al campo espartano, rasgo que vemos repetirse muy á menudo en el curso de su historia.

Sin embargo, la derrota sufrida en Tanagra á fines de noviembre, no tuvo para Atenas las malas consecuencias que eran de esperar: la victoria conseguida por los espartanos no fué tan decisiva que les animase á invadir el Atica, sobre todo no habiendo estallado la sedición ideada por la oligarquía, fanático partido que ciertamente había exagerado sus propias fuerzas. Los oligarcas, rechazados vigorosamente por Cimon y su partido, no solicitados por la política de los espartanos, detestados por las exaltadas masas de los atenienses, se mantuvieron quietos, y contemplaron como Nícomedes pactaba un armisticio de cuatro meses y regresaba al Peloponeso por el paso de Megaris nuevamente abierto.

Entonces, con general sorpresa, la derrotada democracia de Atenas tomó gran incremento y realizó sus fuerzas de un modo imponente y trascendental. Siguiendo una conducta enteramente contraria á la de los espartanos, que no supieron aprovecharse de su victoria, se arrojó Atenas pocas semanas despues de la batalla de Tanagra, con ciego furor y denuedo impetu, sobre Tebas. Mirónides penetró en Beocia, derrotó completamente en Enofta, á los 62 días de la batalla de Tanagra, es decir en febrero de 456, un ejército compuesto de tebanos y aliados y se aprovechó cuanto pudo de aquella brillante victoria. Los atrevidos atenienses no pudieron dominar inmediatamente la ciudad de Tebas; pero todas las nuevas creaciones de los espartanos en la Grecia central cayeron una tras otra. Los atenienses destruyeron la alianza beocia, desterraron en todas partes á los caudillos de la nobleza de aquella comarca que les eran contrarios, introdujeron en todas las ciudades beocias gobiernos democráticos, movimiento al cual no pudo sustraerse la misma Tebas, é hicieron entrar á Beocia en su liga. Los mismos focenses se decidieron á aliarse con los atenienses, que les admitieron de buena gana; y de este modo la Lócride oriental, con cuya posesion Atenas extendía su poder hasta las Termópilas, pudo ser sujeta, gracias á los cien ciudadanos que como rehenes fueron enviados á la ciudad de Pericles. Mientras de este modo los héroes de Atenas conquistaban una importante extension de tierra firme, la energía de los ciudadanos terminó la obra de las largas murallas y la tenacidad de las tropas sitiadoras pudo vencer la resistencia de los nobles de Egina, cuya independencia terminó para siempre. Los eginetas al rendirse hubieron de derribar sus murallas, entregar sus buques de guerra, y ponerse, como súbditos tributarios de Atenas, al nivel de las islas de Naxos y Thasos. El intrépido almirante Tolmides dió la vuelta al Peloponeso con una fuerte escuadra, destruyó los arsenales laconios de Gytheion, hizo entrar á las islas de Zazintho y Cefalonia

en la alianza ática y se apoderó de la isla de Naupaktos (Lócride occidental), tan importante por su situación estratégica.

La fortuna militar de Atenas llegó á su mas alto punto en el año 456; pero en 455 los asuntos griegos tomaron un nuevo carácter muy perjudicial para los atenienses. La resistencia de los mesenios en Itome no pudo prolongarse, y se vieron obligados á capitular con los espartanos la libre salida del Peloponeso, con lo cual los eforos recobraron su completa libertad de acción en Grecia. Desgraciadamente para los atenienses, este hecho coincidió con una gran catástrofe que sufrieron en Egipto. Las fuerzas jonio-áticas del Delta, que en un principio habían luchado con gran éxito, logrando arrojar de Menfis (con excepcion de la ciudadela) á la guarnicion persa, se vieron gradualmente muy apuradas, cuando Megabazo, hijo de Zopyros y sátrapa de Siria, penetró en Egipto con un fuerte ejército, protegido por una escuadra fenicia que subió por el Nilo á las órdenes del sátrapa cilicio Artabazo. Las fuerzas unidas de ambos sátrapas obligaron á los egipcios y atenienses á levantar el bloqueo de Menfis á los dos meses de haberlo comenzado, y á retirarse á la isla Prosopitis, que se levanta en las aguas del Nilo, donde fueron sitiados durante diez y ocho meses. Por fin consiguió Megabazo desviar uno de los brazos de la corriente del Nilo, secar el lecho del rio y apoderarse de la isla (455). El caudillo egipcio Inaros fué hecho prisionero y crucificado, mientras el otro jefe Amyrteo se refugiaba en los mas inaccesibles pantanos del Delta. De los griegos derrotados, solo algunos pocos consiguieron llegar hasta Cirene; la mayoría pereció en la lucha ó cayó en poder de los persas. Para colmo de desgracia cincuenta nuevos buques atenienses que, ignorando la cruel catástrofe, llegaron al brazo mendesico del Nilo, cayeron en poder de los persas y fenicios, y fueron en su mayor parte destruidos.

#### IV.—PAZ ENTRE ESPARTA Y ATENAS

La noticia de este desastre causó gran sensación en Atenas; las empresas en Grecia comenzaron á paralizarse sensiblemente, decayendo de un modo notable la energía y la audacia de los griegos. Tolmides tomó á su cargo la tarea de establecer en Naupaktos, bajo la proteccion ateniense, á los mesenios que salían de Itome, y Pericles en 454, por consecuencia de una expedicion marítima que hizo al golfo corintio, logró aliar con Atenas á los aqueos peloponesios que en aquella época solo se habían dado á conocer accidentalmente. En cambio, fué desgraciado el éxito que obtuvo una tentativa para derribar, con auxilio de las tropas aliadas beocias y focenses, el poder de la nobleza tesálica y extender el influjo de Atenas hasta el Olimpo.

Desde este tiempo desistieron los atenienses de sus empresas en Grecia; el mismo Pericles, que ya no pensaba llevar su enemistad con Esparta hasta una lucha de vida ó muerte, procuró firmar la paz con la potencia panhelénica. Atenas, despues de tantas fatigas y pérdidas, necesitaba descansar; y aun cuando debiese ser de nuevo derrotada, su tarea mas importante debía ser castigar la arrogancia que mostraban los persas desde la catástrofe de Prosopitis, y reivindicar el honor de las armas atenienses tan comprometido en Egipto. Para esto era preciso ante todo que se reconciasen en el interior los partidos políticos. Imposible era atraerse á la fanática oligarquía; en cambio podía recobrase el apoyo del partido conservador del héroe Cimon, cuyo nombre era repetido en Atenas con respeto y sentimiento de su pérdida desde la batalla de Tanagra. Cuanto menos exclusivista era Pericles como jefe de partido, cuanto mas su noble naturale-

za tendia á reunir todas las fuerzas de su pueblo para el engrandecimiento de Atenas, tanto menos difícil le era tender la mano á Cimon, hácia el cual jamás había sentido enemistad personal.

#### V.—VICTORIA ALCANZADA EN CHIPRE POR LOS ATENIENSES SOBRE LOS PERSAS. PAZ DE CIMON

Entre estos dos grandes contemporáneos se pactó entonces, segun parece, un compromiso: Cimon prometió no atacar el estado de cosas creado desde 461 y Pericles suspendió las hostilidades con el Peloponeso y procuró concertar un arreglo con Esparta, cuyas bases á ningun ateniense podían encomendarse mejor que á Cimon. A instancias de Pericles, Cimon pudo regresar á Atenas en 454, es decir algunos años antes de transcurrir el plazo de diez años fijado para el ostracismo. Habiéndose pactado paz entre la democracia y los partidos conservadores, celebró Cimon con Esparta (451 ó 450) un armisticio de cinco años, pues Esparta se había negado á firmar una paz definitiva para no tener que reconocer el aniquilamiento de Egina y otras conquistas de los atenienses. Estos podían, pues, intentar de nuevo, con todas las fuerzas reunidas, una batalla contra los persas. Tratóse, por un lado, de apoyar á los restos de los insurrectos egipcios de Amyrteo, que aun combatían, y por otro de reconquistar la perdida isla de Chipre y atacar á los fenicios en sus propias aguas. Durante la primavera de 449 pudo dirigirse Cimon hácia el Mediterráneo oriental, al frente de una escuadra compuesta de 200 buques de guerra. Una herida, que le ocasionó una grave enfermedad, puso prematuramente fin á la vida del bravo general. Pero así como en España el héroe Cid Campeador, aun despues de muerto fué colocado en su caballo y llevado como garantía de victoria á la batalla que se trababa contra los árabes, del mismo modo el espanto que su nombre infundía ayudó mucho á las tropas de Cimon para alcanzar victorias despues de su muerte. Por consejo del mismo caudillo, el estado mayor ateniense disimuló la tristeza que la muerte de aquel le causara, y por espacio de treinta días comunicó las órdenes en nombre suyo, como si viviese todavía. Anaxícrates, teniente general de Cimon, abandonó por falta de víveres á Sicione y acechó los movimientos de las fuerzas que en el entretanto había logrado reunir Artabazo, sátrapa de Cilicia. Desde la altura de la gran ciudad chipriota de Salamina se lanzaron los atenienses con un impetu que recordaba su antigua energía sobre la escuadra fenicio-cilicia, y poco despues alcanzaron tambien en la costa una gran victoria sobre el ejército de tierra persa. Pero la falta del general en jefe, por un lado, y por otro una gran carestía que se sintió en Atenas, y el déficit que arrojaba la caja de los aliados, indujo á los atenienses á poner término á esta expedicion. Los buques que se encontraban en el Delta recibieron orden de regresar á la patria, por lo cual la vencedora escuadra emprendió la retirada hácia el Pireo. A consecuencia de esto, las luchas entre los atenienses y el imperio persa cesaron durante 37 años, firmándose, segun parece, entre ambos Estados un tratado, en virtud del cual se reconoció la autonomia de las ciudades griegas de la costa occidental asiática, y se comprometieron los persas á tener sus tropas á tres jornadas por lo menos de distancia de aquellas costas, y á no dejar que su escuadra pasase por el Sur mas allá de la altura de Faselis y por el Norte mas allá de las islas Ciáneas, situadas en el mar Negro, junto á la desembocadura del Bósforo. En cambio de esto, los atenienses entregaron la isla de Chipre y rompieron su alianza con los insurrectos egipcios. Aceptado un acomodamiento en este sentido, fué en su virtud formalmente reconocido el estado de cosas existente, y quedaron zanjadas las cuestiones que

hubieran dar lugar á nuevas luchas. La mayoría de las ciudades griegas asiáticas figuraban entre las que mayores tributos pagaban á la corte persa. Los sátrapas del Asia Menor se esforzaban de cuando en cuando, poco á poco y secretamente, en indisponer á los atenienses con sus afines de raza los jonios, en la prevision de cualquier conflicto, así como los atenienses, por su parte, repetidas veces consideraban conveniente apoyar los movimientos de los sátrapas que gradualmente comenzaban á reclutar tropas mercenarias de arcadios y aqueos.

Con todo, aunque el tratado firmado en 449 no hubiera puesto término á la guerra nacional, dominaba en la política exterior de Atenas el sistema de Pericles, que se esforzaba ante todo en asegurar la paz, fomentar el comercio, librarse de la pesada carga de una eterna guerra con el Oriente, mantener unidas en Atenas todas las fuerzas, para asegurar la conservacion de la situación que nuevamente se había conquistado en Grecia, y evitar especialmente toda empresa que no tuviese probabilidades de éxito seguro y sólido. Es probable que en los tiempos que siguieron á la terminacion de la guerra con Persia se procurase dar un carácter conciliador al progreso, gracias al cual intentaba Pericles resucitar el recuerdo de los grandes tiempos de la defensa nacional comun, y realzar de nuevo la situación moral de su Estado en el mundo griego. Pericles indujo á la comunidad ática á enviar veinte representantes que invitasen á todos los Estados griegos para que mandasen delegados á un Congreso panhelénico que debía celebrarse en Atenas y al cual debían someterse estos cuatro puntos: la reconstrucción de los templos griegos destruidos por los persas; el cumplimiento de los sacrificios prometidos á los dioses durante la guerra nacional; la seguridad del mar y de la navegacion general; y el mantenimiento de la paz.

Era este un gran pensamiento del ilustre hombre de Estado que manejaba las riendas del gobierno ateniense; pero los enemigos del Estado ático no querían reconocer su sentido ideal y práctico. La envidia de los espartanos, de los peloponesios, de los tebanos hacia imposible que se llevase á cabo semejante plan; además, al poco tiempo la nueva potencia del Estado ateniense sufrió una conmocion, á consecuencia de la cual todo pensamiento panhelénico debió quedar relegado á segundo término. La lucha entre Atenas y Esparta, que se había apaciguado algunos años antes por los esfuerzos de Cimon, tomó nuevas proporciones en 448 á causa de un conflicto entre focenses y délficos. Los primeros, renovando una antigua pretension, procuraron apoderarse á costa de los segundos de la administracion del templo de Apolo. La importancia que esta administracion daba al que la tenia en la conducta política del oráculo pítico, determinó á los espartanos á apelar á lo que llamaban el cumplimiento de sus deberes anfictionicos y restituir por medio de una expedicion al Parnaso aquel templo á los délficos, que, desde muy antiguo, eran sus aliados. Mas apenas los guerreros espartanos hubieron regresado al Peloponeso, dirigieron los atenienses hácia Delfos, para proteger á sus aliados los focenses, y restablecieron la administracion de estos. Todavía no había podido Esparta oponerse al golpe, cuando vaciló súbita é inesperadamente en sus fundamentos toda la liga terrestre de los atenienses, que se vieron al borde de su ruina.

La democracia griega no revestia en todas partes el mismo carácter que en Atenas, apareciendo, por el contrario, en muchos puntos de Grecia, durante los siglos quinto y cuarto, como esencialmente brutal y poderosa y en todo caso determinada por los distintos caracteres de las razas y, por tanto, las mas de las veces distinta de la que en Atenas dominaba. La naturaleza brutal de los beocios no se había desmentido



con la aparición de los gobiernos democráticos en las ciudades de aquella comarca después de la batalla de Enofta. El nuevo régimen de las asambleas comunales y del ilustre caudillo del pueblo, que había llegado de repente á ocupar el sitio de los antiguos eupátridas, era tenido por malo é insuficiente, aunque sin duda poderoso contra los antiguos señores del territorio. Exceptuando á Focea y en Beocia á Platea y Tespie, el nuevo orden de cosas planteado en las comarcas occidentales del Asopo era considerado como una

abominable dominación extranjera. Sea que el profundo descontento de todos los enemigos de Atenas y de la democracia entonces gobernante estuviese ya á punto de estallar, sea que el impulso de Esparta, mortal para Atenas, se hubiese ya iniciado, el caso fué que los guerreros de las familias arrojadas en masa de Beocia, entre los cuales se contaban locrios, eginetas, algunos focenses y otros enemigos de Atenas, se reunieron formando un fuerte cuerpo de ejército, mantuvieron naturalmente sus alianzas con los partidos beo-



Ruinas de Daulis y llanura de Queronea

cios afines suyos, penetraron en Beocia, y atacaron de improviso las ciudades de Orcomene y Queronea y otras plazas de menos importancia (447).

VI.—DERROTA DE LOS ATENIENSES EN QUERONEA Y SUS CONSECUENCIAS. PAZ DE TREINTA AÑOS Y DUALISMO GRIEGO

El descontento en Atenas fué grande: en medio de la conciencia que tenía de su fuerza, el demos entreveía un peligro, cuya verdadera extensión no conocía, y en vano excitaba Pericles á sus conciudadanos para que hiciesen los debidos preparativos. El intrépido Tolmides dirigióse á toda prisa hácia el teatro de la guerra, acompañado de 1,000 hoplites, en su mayoría voluntarios procedentes de las mejores familias del Estado, y de un pelotón de guerreros aliados, y pudo reconquistar la ciudad de Queronea. En cuanto á la de Orcomene no se sintió con fuerzas bastantes para atacarla; y cuando después, hácia el Oeste, siguiendo la orilla meridional del valle del Copai, se dejó sorprender en la comarca de Coronea por una fuerza superior, trabóse una sangrienta batalla, en la cual encontró la muerte el propio Tolmides, y fué completamente derrotado su ejército. Los hoplites áticos perecieron en gran

número, contándose entre ellos Clinias, padre del posteriormente tan célebre Alcibiades, y quedando una gran parte del resto prisioneros. Para rescatar á estos últimos, la comunidad tuvo que aceptar un tratado en virtud del cual se devolvían todas las ciudades de Beocia, exceptuando la de Platea, se restauró la soberanía de la aristocracia, y se desterró á los partidarios de los atenienses.

No pararon aquí las desgracias de Atenas: á la caída de Beocia siguieron las de Focea y de la Lócride, de modo que el Estado ático perdió todas las posiciones que tenía en la Grecia central. Además en la primavera de 446 rebelóse la isla de Eubea, tan preciosa para los atenienses, y cuando Pericles se apresuró á marchar con grandes fuerzas contra ella, para evitar su pérdida, dióse á su retaguardia una nueva batalla, desgraciada para Atenas, contra la cual se había también levantado Megara. Los corintios, epidaurios y sicionios, que sentían profundo odio hácia Atenas, indujeron gradualmente á los megarenses á que entrasen en la alianza peloponésica. Ayudado por aquellos, el pueblo de Megara invadió la posesión ática y pasó á degüello á todos los atenienses que no se habían podido refugiar en Nisea. Para colmo

de desdichas de los atenienses, que tan de repente se vieron al borde del abismo, terciaron también en la lucha los espartanos, los cuales, aprovechándose de las calamidades que sobre el Atica pesaban, y á las cuales ellos con su diplomacia habían contribuido en tan alto grado, procuraron sacar para sí ventajas iguales á las que desde 461 habían obtenido los atenienses, gracias á la difícil situación por que atravesaban los señores del Eurotas. El armisticio firmado por Cimon había llegado á su término: nada debía temerse de Argos, pues en 451 había pactado este Estado con Esparta una tregua de treinta años. El joven rey Plistonax, junto con Cleandridas que se le había agregado como consejero, recibieron la misión de atacar el Atica con un poderoso ejército de lacedemonios y peloponésicos.

Desde luego parecía que todo el orgulloso poder ático debía quedar rápidamente destruido al primer encuentro. Afortunadamente para los atenienses, había terminado la guerra persa, por lo cual fuéles dado reunir todas sus fuerzas, y se había encargado del gobierno el hombre de Estado mas eminente de aquella época, Pericles, en quien descansaba la confianza pública y que no perdió ni por un momento la serenidad tan necesaria en aquel trance. Después de varias negociaciones, logró hacer inofensivo al enemigo mas peligroso, es decir, al ejército de Plistonax, que ya se adelantaba por la llanura triásica, en dirección á Eleusis. Plenamente convencido de que la tensión de las fuerzas de Atenas era efecto de una exaltación de las mismas, y decidido, en su consecuencia, á modificar radicalmente la política exterior, no quiso, á pesar de lo difícil que era atacar la ciudad de Atenas, entrar con Plistonax en una lucha, durante la cual podía hacer fáciles progresos la sedición en los territorios insulares que tanto interesaba conservar. Para lograr su objeto dejó entrever grandes concesiones, lo cual unido á que los jefes de los espartanos veían pocas probabilidades de éxito en un ataque dirigido contra las trincheras áticas, mientras no estuviesen en inteligencia con sus defensores, se decidieron á perder la ocasión de herir de muerte á su enemiga Atenas. Pericles supo, según se dice, resolver las últimas dificultades valiéndose del soborno; de suerte que á fines de 446 el ejército peloponésico regresaba al istmo sin haber luchado, gracias á lo cual, poco después, en 445, pudo enviar Pericles 5,000 hoplites y 50 buques de guerra contra Eubea, sujetando por completo la isla; vengando en Histia la matanza de los marineros de un buque mercante ático, desterrando á sus habitantes, y repoblando la ciudad, llamada desde entonces Oreos, con 2,000 colonos áticos. Las poblaciones áticas limítrofes de Calcis fueron reforzadas, las familias nobles, implacables enemigas de Atenas, fueron desterradas, y Eretria se pobló con ciudadanos áticos. De este modo la isla de Eubea se vió cada vez mas encadenada á Atenas, siendo casi imposible una sublevación en ella.

Pero una nueva guerra amenazaba desde Esparta; los ciudadanos del territorio del Eurotas estaban encolerizados contra los jefes del ejército, pues estaban convencidos de que, seducidos por las dádivas, no habían querido aprovechar las grandes probabilidades de éxito que se les ofrecieran.

Los dos caudillos fueron desterrados: Plistonax, que no pudo pagar la enorme multa que le había sido impuesta, se dirigió á Tegea, y en su lugar fué conferida la tan rebajada dignidad real, á su hijo menor Pausanias, que la conservó durante largo tiempo. La diplomacia de Pericles y de sus agentes logró, á pesar de todo, calmar la excitación bélica que reinaba en Esparta, á costa de grandes sacrificios que se impuso Atenas, cediendo cuantas adquisiciones llevaba hechas desde 456, á excepción de la fiel Platea y de la soberanía

de Egina. Todas las posesiones y alianzas desde Platea á Delos, todos los lugares del Peloponeso, excepto Argos, que habían entrado en la alianza ática, fueron devueltos. Pege y Nisea volvieron también á poder de Megara, contra cuyo pueblo traidor alimentaron desde entonces los atenienses el mas profundo odio. De este modo compró Atenas una paz de treinta años, durante la cual debían allanarse todas las disidencias interiores sobre la base de la igualdad de derechos. Esparta reconoció á Atenas y su simaquia, como había hecho Atenas con la espartana, como una agrupación de Estados, conviniéndose que ninguna de las dos debía engrandecerse en perjuicio de la otra, que ninguna insurrección de los aliados de la una debía encontrar protección en los aliados de la otra, y que las ciudades que de ninguna de las dos simaquias formaban parte, podían ingresar en una de ellas.

El año 445 forma época en la historia del derecho público de Grecia; pues, á consecuencia del anterior tratado, públicamente se proclamó por primera vez el dualismo como la forma propia de la vida nacional griega. La historia de Grecia tomó entonces un nuevo carácter: hizose patente que Atenas no contaba con suficientes fuerzas para conservar á la vez la soberanía en los mares y la supremacía en el continente griego; que al Norte y al Sur del istmo eran demasiado fuertes los elementos conservadores y aristocráticos, y que las simpatías hácia Esparta y la antipatía contra Atenas y su democracia eran hartó poderosas en la mayoría de los griegos no jonios, para que Atenas pudiese pensar por mucho tiempo, en arrebatarse á los espartanos su natural preponderancia.

En tales circunstancias, dedicóse Atenas, cada vez con mas ahinco, á mirar por sus intereses navales, siendo á partir de aquel momento una ciudad marítima, como hasta entonces nunca lo había sido. Mientras los atenienses por este medio se enajenaban los intereses y simpatías de los griegos aristocráticos del continente, y dejaban arraigarse cada vez mas en sus dominios la aversión hácia la existencia beocia, peloponésica y espartana, se avivaba progresivamente, á pesar de la paz, el odio que hácia Atenas sentían sus enemigos. Los beocios y los peloponésicos no olvidaban ni perdonaban á los atenienses el corto periodo de su carácter casi panhelénico; no les perdonaban la mortal angustia que les había causado la preponderancia que habían querido imponer y que habían sostenido hasta la batalla de Queronea; y finalmente no les perdonaban la destrucción de la escuadra de Egina.

Los Estados marítimos del Peloponeso, como los nobles territorios que se extendían desde la Lócride hasta el Tenaro, sintieron profunda envidia cuando conocieron que Atenas hacia circular desde 445 nueva sangre por los territorios que había podido conservar. Por este lado de nada les sirvió su sistema de evitar todo conflicto con los Estados del continente griego. Tal era la mala disposición en que se encontraba Grecia; tal era la atmósfera que no debemos olvidar al tratar del nuevo esplendor de Atenas en los posteriores tiempos: ellas nos dan datos para comprender el génesis de la terrible guerra peloponésica.

Firmada la paz con Esparta y los peloponésicos, tuvo Pericles que sostener en el interior grandes luchas, antes de que pudiese obrar como gobernante incontestado, luchas debidas á la oposición de los elementos conservadores que se había aumentado considerablemente desde la muerte de Cimon. No faltaron motivos de descontento en qué fundarse á los conservadores enemigos de Pericles, que no dejaron de aprovechar la solución poco honrosa que había tenido la última guerra y el disgusto que en todas partes mostraban los aldeanos por la supremacía que recientemente se había concedido al pueblo de la ciudad y del puerto. Esta oposición se exacerbó